



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9720

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 30 DE MARZO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espio artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillones, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

LA VISION DE UN ANDALUZ.

(RECUERDO DE UN VIAJE.)

Iba á zarpar el buque; apenas me quedó tiempo para llevarme el maletín al camarote, escoger unos cigarrillos y quemar un poco de ron.

Salimos á las ocho de Barcelona; la noche era apacible, el mar estaba manso y la luna envolvía en su capa tenue de hilos brumosos á la ciudad. Los buques salen siempre con dulce magestad del puerto y para no perder ese espectáculo subí á cubierta.

De espaldas á las olas dormidas, reclinado en la borda, distraído y nervioso hallábase un joven de figura sugestiva, de expresión franca y abierta, no muy alto de estatura, que hizo seña para que me aproximara y me pidió lumbre con que encender su pipa.

—¿Va Vd. muy lejos?—me preguntó.

—A Valencia—repuse secamente.

—Como quien dice á la esquina.

Yo no paso hasta Málaga.

—¿Es Vd. andaluz?

—De Sevilla, amigo mío.

—Hermosa tierra.

No contestó, pero los ojos le chispearon, como si una luz mágica hu-

biese alumbrado todas las células de su cerebro. Replicó, chupando su pipa y envolviéndose en una nube voluptuosa de humo:

—Poco andaremos juntos, pero ¿qué diablo? lo suficiente para echar unas rondas de anís.

—Gracias.

—¿Qué gracias? no, señor, á beber y á fumar no ponen nunca los españoles reparo. ¿Usted se mareará?

—Cuento con hacer un viaje feliz.

—Tanto mejor. ¿Quiere Vd. bajar á la cámara?

Ya navegaba el buque fuera del puerto, al abrigo aun de la falda de Montjuich; el ambiente estaba húmedo y la brisa, aunque suave, era demasiado fresca. Bajamos, y mi compañero, recluido á mi propio camarote, me presentó unas lonjas de jamón y un frasco de aguardiente, que según él era como almibar.

Habló mucho con esa locuacidad y esa gracia propias de las gentes del Sur; contóme su historia siempre exaltado y nervioso, como si tuviera fiebre, y ya cuasi á media noche nos tumbamos en nuestras literas respectivas. Sofocientos y sin fuerzas para resistir la charla, le oí murmurar:

—Será preciso que madrugue Vd

—¿Con qué objeto?

—Pues me admira la pregunta; lo que hay que ver á bordo de un buque es la santidad del sol. Tanto, que estoy seguro que ella estará á esa hora sobre cubierta.

Cuando se habla de ella con tanta familiaridad se adivina siempre una historia interesante; venci el amodorramiento, descorrí los visillos y dije:

—Hola, hola ¿con que ella va también con nosotros?

—Calle, pues no le he dicho á Vd. una palabra... perdóneme. ¿No vió Vd. en el buque á una mujer hermosa, muy hermosa?

—No, ni fea tampoco. En la cámara no hay ninguna mujer.

—Lo extraño es que yo la he visto subir en Barcelona; he recorrido

todo el buque buscándola; me aposté junto á la escalera... y como no haya huido, sombra invisible y etérea, de aquí no salió.

Después de una pausa insistí:

—¿Y es tan hermosa?

No contestó, pero dijo luego como si soñara:

—Y el tiempo de duendes y fantasmas ha pasado ya.

Nos levantamos muy temprano, pero confieso que el sol no fue tan perezoso; mi amigo no se acordó del anís ni de su pipa; y me arrastró casi á cubierta; fuimos á popa, á proa, de aquí para allá cien veces, y delante de nosotros no había más que rostros atezados, pechos velludos, espaldas de titán. Ni una mujer, ni un palo con vestidos siquiora.

A popa levantábase cuatro tablas, escondiendo sin duda algún camarín mágico, como decía el andaluz. Allí nos detuvimos, y otros pasajeros vinieron á hacer corro que animaba el andaluz contándonos un cuento de hadas de las mil y una noches. «El había tenido la visión durante el sueño; el buque era una concha perdida en las algas de las arenas; una virgen rubia, de perfil griego, reinaba en aquel encanto...» y seguía, seguía refiriéndome con entusiasmo las portentosas imágenes de una imaginación calenturienta.

Hablaba con tanto calor y tanta poesía que todos nos dejábamos vencer, nos regocijaba, era más fuerte que la realidad. Hablo por mí que no contaba más que diez y nueve años y quería mucho á Lamartine.

Nadie dijo una palabra, pero todos pensábamos en el «Camarin» que se alzaba delante de nosotros, cerrado, misterioso, impenetrable; no creía nadie en lo de la concha, pero la curiosidad nos había ganado el espíritu; además era muy posible que se albergara allí una mujer extremadamente bella. Algunos se

encaramaron á la techumbre sin que una sola rendija descubriese el misterio. Creo que á la fin todos estábamos locos, cuando el andaluz propuso que forzamos la entrada... porque la forzamos. La puerta no tenía mas que mucho moño en la herrumbre, y luego que aplicamos en grupo hombros y brazos la puerta se abrió con violencia.

Pero ¡oh desencanto! allí se veía un comedor abandonado y desierto con mucho polvo en la mesa y algunas telarañas en los ángulos. El capitán nos dijo que en otros tiempos había servido para la oficialidad del buque.

Llegamos á Valencia y el andaluz terco y mas terco; esperó á que todo el mundo desembarcara. Ninguna mujer se presentó á nuestra vista curiosa, y encontrándole cinco años después, casado y rodeado de hijos le he preguntado con dulzura:

—¿Pero estaba V. loco?

—No señor; le juro á V. que aquella mujer hermosa, rubia y de perfil griego, subió al buque.

—La mujer del capitán, sin duda... bajarla antes de zarpar... su concha.

—Que nó, vaya, que nó.

—Pues entonces...

—Hey, amigo mío, escribía versos y llamaba huries á mis novias.

J. F. LUJAN.

TIJERETAZOS

Dice *El Imparcial*:

«Nuestro colega *El Día* comparte con *La Época* la penosa misión de defender á las empresas de ferrocarriles.

«Pero es que son defendibles esas empresas?»

Nosotros creíamos que no tenían defensa después de lo dicho por *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Globo* y demás periódicos, más ó menos madrileños.

Dice *El Herald*, que apesar de las

noticias que circulan en contrario, el ministro de Hacienda trata de hacer un empréstito chico.

Hay que advertir que ese empréstito es de doscientos cincuenta millones de pesetas.

¿A que llamará *El Herald* un empréstito grande?

Al corresponsal de *El Imparcial* en Melilla, le ha sorprendido la noticia de que el regimiento de ingenieros va á volver á España, no estando terminadas aun las fortificaciones militares.

¿Pues es que corre prisa eso?

Tiempo habrá para todo eso en tantos años como quedan por delante.

El Imparcial se ha dedicado á cazar extravagancias en la *Gaceta* y ha publicado algunos hallazgos, que mejores no los inventará ni Luis Taboada, ni Jackson Veyan.

Uno de ellos ha sido descubierto en un edicto de un juzgado, en el cual (en el edicto) el juez encomienda que se averigüe si dos niños de dos y cuatro años, que ya murieron, hicieron testamento ó no.

Suponiendo que á esas edades se pudiera hacer testamento ¿qué habrían dejado los chiquitines?

¿El biberón y el rollo de hueso?

Allá va otro gazapo.

Aquí no se trata ya de herencia ni de chicos. Otro juzgado barcelonés reclama para que se presenten en el juzgado á declarar.

De tales individuos el juez no sabe más sino que uno es feo y el otro tieso ó muy tieso, como dice en el edicto, y así lo escribe.

Comprendemos los apuros que pasará la policía para buscar á esos dos hombres.

Y los temores que pasarán cuando vean á un guardia las personas feas ó tiesas, temiendo que las tomen por anarquistas y les prendan y les lleven al juez de Barcelona.

Y hay más en ese edicto del juez de Barcelona.

Es decir, hay más respecto al anarquista muy tieso, y es que es hijo de uno que tiene en una hacienda del término Valles un par de mulas.

—El primer tiro nos prueba que no nos quieren muy bien, y allí está un indio que prueba también que no nos han hecho gran daño, respondió Ojo de Halcón viendo reaparecer á Chingachgook á poca distancia del fuego.

Y adelantándose hacia él:

—Y bien, que ha sido eso Sagamore? le dijo, los Mings nos atacan ó solo se trata de uno de esos reptiles que se arrastran en pos de un ejército, para tratar de robár la cabellera de un muerto, yendo después á alabarse delante de las squaws de sus hazañas contra los Rostros-Pálidos?

Chingachgook volvió á su sitio con la mayor sangre fría, y no contestó nada antes de examinar el tizón en que había dado la bala destinada á él. Enseguida levantando un dedo, se limitó á pronunciar en iqlés el monosilabo—Uno—

—Es lo mismo que yo creía, dijo el cazador sentándose á su lado, y como se ha puesto á cubierto en el lago antes de que Uncas disparara, es muy probable que se escape, y después irá á contar una porción de mentiras como la de que ha azucado una emboscada á dos Mohicanos y á un cazador blanco—pues los dos oficiales no se pueden contar como gran cosa en este género de escaramuzas.—Bueno! que vaya! hay gentes honradas en todas partes, aunque no se encuentran muchas entre los Maguas como Dios lo

sabe, pero puede haber aun entre ellos algún hombre valiente, que se burle de un fanfarrón cuando se alabe sin motivo.—El plomo de ese píllo os ha silbado en los oídos Sagamore.

Chingachgook dirigió una mirada tranquila hacia el tizón en que había dado la bala, y conservó su actitud con una sangre fría que aquel incidente no bastaba á turbar. Uncas llegó en aquel momento, y se sentó delante del fuego al lado de sus amigos, con el mismo aire de indiferencia y de tranquilidad de su padre.

Heyward seguía con la vista todos sus movimientos, con un interés mezclado de extrañeza y curiosidad: se inclinaba á creer que el cazador y los dos indios tenían medios secretos de entenderse que escapaban á su penetración. En vez de la narración detallada que un europeo se hubiera apresurado á hacer á sus compañeros, quizá hasta con alguna exageración, de lo que acababa de ocurrir en medio de las tinieblas que cubrían la llanura, parecía que el joven guerrero se contentaba con que hablasen por el sus actos.

Es probable que si Heyward no le hubiese preguntado, no se hubiera hablado ni una palabra referente al asunto, al menos en aquel momento.

—Que ha sido de nuestro enemigo, Uncas? le pre-

y los Oncidas que hablan la misma lengua y que se puede decir que son la misma nación, tratan de arrebatar las cabelleras unos á otros, y los Delawares tambien estan divididos entre sí, permaneciendo algunos alrededor del fuego de su gran consejo en las orillas de su río, y combatiendo por la misma causa que los Mings, mientras que la mayoría de ellos han marchado al Canadá por efecto de su odio natural contra esos mismos Mings. Sin embargo, no está en la naturaleza de un indio el cambiar de pronto de sentimientos y por eso la amistad de un Mohicano y un Mingo, es como la de un blanco y una culebra.

—Me desagrada oír hablar así, pues creía que los naturales que viven en las cercanías de nuestros establecimientos, nos habían hallado bastante justos, y por tanto se identificaban por completo con nuestras querellas.

—A fé mía, creo que es muy natural dar á las querellas propias la preferencia sobre las de los extranjeros. En cuanto á mí, amo la justicia y por eso... No, no diré que odio á un Mingo, eso no es propio ni de mi color ni de mi religión, pero vuelvo á repetir que si mi matador de gamos no ha enviado una rociada á ese vagabundo, ha sido por causa de la obscuridad.

Enseguida, convencido de la fuerza de sus razones